



grandes como cuevas, con techos de seis metros de altura. Les parece que todavía resuena el eco de sus risas cuando correteaba persiguiendo a su hermano por aquellos largos pasillos, mientras su abuelo y su madre atendían a algún jefe de gobierno en uno de los salones.

Una gran foto de Rajiv con una guirnalda blanca está colocada sobre el féretro envuelto en una bandera azafrán, blanca y verde, los colores nacionales. Su sonrisa llena de frescura es la última imagen que se llevan en el recuerdo las miles de personas que desfilan por Teen Murti House, a pesar de los 43 grados que marca el mercurio. Es la imagen que también se llevarán sus familiares, porque el cuerpo de este hombre que las mujeres encontraban tan guapo ha quedado tan destrozado que los médicos, a pesar de haber intentado reconstruirlo, no han conseguido dar forma a la masa amorfa de carne que ha dejado la bomba. Dicen que en el esfuerzo para embalsamarle, uno de ellos se desmayó. De modo que se han limitado a poner algodón y vendas, y mucho hielo para que aguante hasta el día de la cremación.

«Por favor, tengan cuidado, no le hagan daño», dice su viuda esgrimiendo una mueca de dolor a los que vienen periódicamente a reponer hielo porque el calor sube, inexorablemente, y seguirá haciéndolo hasta los primeros días de julio, hasta que desciendan las lluvias monzónicas. Su único consuelo —que bien hubiera podido acabar igual si le hubiera acompañado, como tantas veces hacía— no le sirve porque en este momento quisiera morirse también. Quisiera estar con él, siempre con él, aquí y en la eternidad. Le quería más que a sí misma.

Es cierto, tiene a sus hijos. La pequeña, Priyanka, de diecinueve años, morena, alta, es una chica fuerte tanto de carácter como físicamente. Se ha ocupado de los preparativos de los funerales y está muy pendiente de su madre. Le insiste para que coma algo, pero la simple evocación de comida le produce náuseas. Lleva dos días a base de agua, café y zumo de lima. Su vieja amiga el asma, esa que le acompaña desde que era muy niña, ha vuelto a aparecer. Dos noches atrás, cuando le notificaron que su marido había sido víctima de un atentado, tuvo una crisis tan violenta que casi perdió el conocimiento. Su hija le buscó sus antihistamínicos y se los dio,

aunque no consiguió consolarla. Teme que del calor y el dolor se ahogue de nuevo.

Rahul, el mayor, tiene veintiún años, y acaba de llegar de Harvard, donde cursa sus estudios. En su hijo reconoce a su marido: las mismas facciones suaves, la misma sonrisa, la misma expresión de bondad. Ella le mira con infinita ternura. Qué joven le parece para encender la pira funeraria de su padre, como le corresponde al hijo según la tradición hindú.

A la una de la tarde, la llegada de tres generales, representantes de sus respectivos ejércitos, señala el comienzo oficial del funeral de Estado. Justo antes de que los militares levanten el féretro con la ayuda de Rahul y otros amigos de la familia, Priyanka se acerca a acariciarlo, como si quisiera así despedirse de su padre antes de que éste emprenda el último viaje. Su madre, que ha estado ocupada en saludar a tantas personalidades, se mantiene a cierta distancia, mirando la escena con lágrimas en los ojos. Va vestida con un sari blanco impoluto, como corresponde a las viudas en la India. Lleva más de la mitad de su vida viviendo aquí, así que se siente india. En febrero pasado, celebró sus veintitrés años de matrimonio con Rajiv cenando en un restaurante en Teherán, donde le acompañaba en un viaje oficial. Sigue siendo muy guapa, como lo era a los dieciocho años, cuando le conoció. El cabello negro, veteado de incipientes canas, está cuidadosamente peinado hacia atrás, recogido en un moño y cubierto por un extremo del sari. Si no estuvieran hinchados por el llanto, sus ojos serían grandes. Son de color castaño oscuro, con largas cejas finamente depiladas. Tiene la nariz recta, los labios carnosos, la piel muy blanca y una mandíbula bien marcada. Hoy parece una de esas heroínas afligidas de una superproducción del cine indio, aunque su silueta y su porte altivo evocan alguna diosa del panteón romano, quizás porque el sari que lleva con gran soltura se parece a las túnicas de las mujeres de la antigüedad. O quizás por su físico. Ha nacido y se ha criado en Italia. Su nombre de soltera es Sonia Maino, aunque la conocen como Sonia Gandhi, ahora la viuda de Rajiv.

Más de medio millón de personas desafían el calor para ver pasar el cortejo fúnebre que se dirige al lugar de la cremación, a

una distancia de unos diez kilómetros, detrás de las murallas que los emperadores mogoles erigieron para proteger a la antigua Delhi, en unos espléndidos jardines situados a orillas del río Yamuna. Escoltada por cinco pelotones de treinta y tres soldados cada uno, la plataforma sobre ruedas que lleva el féretro adornado con caléndulas es remolcada por un camión militar también cubierto de flores. En las banquetas de su interior van sentados los jefes de Estado Mayor. Le siguen los automóviles que transportan a la familia. Algún curioso acierta a ver a Sonia quitarse sus enormes gafas de sol para pasarse un pañuelo por la cara y, con mano temblorosa, secarse las lágrimas. El cortejo enfila la avenida Rajpath, bordeada de cuidados jardines donde generaciones de delhiitas han paseado a la sombra de sus grandes árboles, en su mayoría jambules de más de cien años, con frutos negros como higos. La mayoría de árboles fueron plantados para luchar contra el calor, cuando los ingleses decidieron hacer de Delhi la nueva capital del Imperio en detrimento de Calcuta. Levantaron una agradable ciudad jardín con anchas avenidas y perspectivas grandiosas, como correspondía a una capital imperial. La gran vista central de Rajpath, rebosante de una multitud portando clavelinas naranjas, el color sagrado de los hindúes, le trae recuerdos a Sonia de un pasado de felicidad, tan próximo en el tiempo y sin embargo tan lejano ahora... En esta misma avenida y frente a la Puerta de la India, versión local del arco de triunfo parisino, se encontraba el último 26 de enero, día de la fiesta nacional, presenciando el desfile militar junto a Rajiv... ¿Cuántas veces lo ha presenciado? Casi tantas como años lleva en la India. Toda una vida. Una vida que se acaba.

Para añadir sorna a la tragedia, su coche se detiene y no consigue arrancar de nuevo. Los motores sufren con esta temperatura y a esta cadencia. Sonia y sus hijos abandonan el vehículo y la multitud se abalanza inmediatamente sobre ellos, forzando a los Gatos Negros, los comandos especiales de seguridad vestidos de negro, a desplegarse rápidamente y a formar una cadena humana para protegerles mientras cambian de automóvil. Luego el cortejo arranca de nuevo, al ritmo acompañado de los guardas de honor. Más tarde, en las calles estrechas cercanas a Connaught Place, la multitud se convierte en marea humana dispuesta a invadirlo todo, como si quisiera engu-

llir el cortejo, y el sistema de seguridad consigue a duras penas mantenerla a raya. Los rostros de esa multitud muestran agotamiento, gotean perlas de sudor, y las miradas de ojos negros se detienen ante cuatro camiones militares llenos de periodistas del mundo entero. Hombres y mujeres, niños y ancianos con semblantes de desconsuelo y lágrimas en los ojos arrojan pétalos de flores al féretro.

El cortejo llega al lugar de la cremación a las cuatro y media de la tarde, con una hora de retraso sobre el horario previsto. Hay tanta gente que hoy no se ven los parterres floridos, sólo los grandes árboles, como centinelas de la eternidad que proyectan su benévola sombra sobre los asistentes, muchos vestidos con traje negro, como John Major o el príncipe de Gales, otros de uniforme militar, como Yasser Arafat, todos chorreando sudor. La pira funeraria compuesta por diez quintales de madera está lista. Detrás, en una plataforma especialmente construida para la ocasión que domina la pira, se colocan los familiares más cercanos. A unos trescientos metros de distancia hacia el norte se encuentran los mausoleos de Nehru y de su hija Indira, levantados en el emplazamiento exacto donde tuvieron lugar sus cremaciones, y que ya nunca podrá destinarse a otro uso, tal y como indica la tradición. Rajiv tendrá pronto el suyo, en piedra labrada con forma de hoja de loto. La familia reunida en la muerte.

Unos soldados sacan el cuerpo de Rajiv del féretro y lo colocan sobre la pira funeraria, la cabeza orientada hacia el norte, según el ritual. Luego, los generales de los tres ejércitos pliegan cuidadosamente la bandera que envuelve el cadáver mutilado y cortan las cuerdas de la mortaja blanca que lo retiene. La familia está de pie, codo con codo. El sacerdote, un anciano con barbas luengas y blancas como la nieve que parece sacado de un cuento antiguo, marca las pautas de los ritos védicos y reza una corta oración: «Condúceme de lo irreal a lo real, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la inmortalidad...» Es un viejo conocido: también él presidió los funerales de Indira. A Rahul, vestido con una *kurta* blanca, le entrega una pequeña jarra llena de agua sagrada del Ganges. El joven, descalzo, cabizbajo y ensimismado tras sus gafas de pasta negra, da tres vueltas a la pira mientras va vertiendo unas gotas so-

bre su padre, cumpliendo así el rito purificador del alma. Luego se arrodilla ante sus restos y llora por dentro, sin que nadie le vea. Llora por un padre que siempre fue tolerante y compasivo y que adoraba a sus hijos. Brotan lágrimas secas de una herida que, intuye, nunca cicatrizará. Su madre y su hermana Priyanka, cuya digna serenidad commueve a los presentes, se acercan a la pira y colocan meticulosamente troncos de madera de sándalo y cuentas de rosa-rio sobre el cuerpo, en unos gestos que son grabados por las televi-siones del mundo entero.

Llega la hora de despedirse. Sonia deposita una ofrenda sobre el cuerpo a la altura del corazón. Está hecha de alcanfor, cardamo-mo, clavo y azúcar y se supone que contribuye a erradicar las im-perfecciones del alma. Luego le toca los pies en señal de veneración, como es costumbre en la India, junta sus manos a la altura del pecho, se inclina por última vez ante su marido y se retira. A través de las cámaras de televisión, el mundo descubre a esta mujer estoica que recuerda a Jacqueline Kennedy veintiocho años antes en Ar-lington. Son las cinco y veinte de la tarde.

Cinco minutos después, su hijo Rahul, serio y decidido, da tres vueltas a la pira antes de plantar la antorcha encendida que lleva en la mano entre los troncos de madera de sándalo. No le tiembla el pulso: es su deber de buen hijo ayudar a que el alma de su padre se libere de su envoltorio mortal y alcance el cielo. Durante unos se-gundos, parece que el tiempo se detiene. No se ve humo ni llamas, sólo se oyen los cantos védicos entre la multitud. Sonia ha vuelto a protegerse el rostro detrás de sus gafas de sol. Que no la vean llo-rar. Hay que mantenerse entera, como lo ha hecho hasta ahora, cueste lo que cueste. Entera como se mantuvo Rajiv cuando le tocó encender la pira funeraria de su madre Indira Gandhi, hace tan sólo siete años, mientras el pequeño Rahul lloraba en sus bra-zos. Entera como la propia Indira cuando asistió a la cremación de su padre Jawaharlal Nehru, y luego a la de su hijo Sanjay, su ojo de-recho, su heredero designado, muerto al estrellarse su avioneta una mañana soleada de domingo, hace ya once años. Una fecha que Sonia no puede olvidar porque a partir de aquel día nada vol-vió a ser como antes.

Ha tenido que sacar fuerzas de lo más profundo de su ser para

encontrarse hoy aquí, porque los sacerdotes hindúes se negaban a que presenciar la cremación. No es costumbre que la viuda asista, menos aún si es de otra religión. Pero en eso Sonia se mostró inflexible. Reaccionó como lo hubiera hecho su suegra Indira, no dejándose avasallar ni por prejuicios ni por costumbres arcaicas. Bajo ningún concepto se quedaría en casa mientras el mundo entero iba a asistir a la segunda muerte de su marido. Así lo dijo a los organizadores del funeral. Ni siquiera tuvo que amenazarles con llevar el caso a la máxima autoridad del país porque ante la fuerza de su determinación, se achantaron. Sonia Gandhi bien merece una excepción.

Pero ahora hay que estar a la altura. No vacilar, no desmayarse, no decaer. Seguir viviendo, aunque resulta difícil hacerlo cuando lo que uno quiere es morirse. Qué difícil no dejarse ahogar por la emoción cuando los salmos védicos dan paso a unas salvas de cañón, y los soldados, perfectamente formados, presentan sus armas y apuntan al suelo, en señal de luto, haciendo sonar sus cornetas. Cuando los dignatarios llegados del mundo entero, los generales con sus chamarras coloridas de tanta condecoración y los representantes del gobierno indio, con sus ropas de algodón arrugadas y empapadas después de haber esperado tanto tiempo en la canícula, se levantan al unísono y se quedan inmóviles, de piedra, en un breve y último homenaje. Cuando los amigos, venidos de Europa y América para dar el último adiós, no consiguen contener el llanto. Sonia reconoce entre ellos a Christian von Stieglitz, el amigo que le presentó a Rajiv cuando eran estudiantes en Cambridge, y que ha venido acompañado de Pilar, su mujer española.

Y luego el murmullo que sube de pronto, como un mar de fondo que viene de lejos, de los confines de la ciudad y quizás de las cuatro esquinas del inmenso país, y que se convierte en un solo grito, espantoso, gutural, el grito de miles de gargantas que parecen tomar conciencia de la irreversibilidad de la muerte cuando la hoguera prende súbitamente en una explosión de llamas y en pocos minutos envuelve el sudario en un abrazo fatal. Rahul da unos pasos hacia atrás. Sonia se tambalea. Su hija le pasa el brazo por encima de los hombros y la sostiene hasta que recobra fuerzas. A través del muro de llamas, los tres asisten al espectáculo antiguo y tremendo

de ver cómo la persona que más quieren se consume y se convierte en cenizas. Es como otra muerte, lenta, penetrante, para que los vivos siempre recuerden que nadie escapa a lo inevitable del destino. Porque es una muerte que entra por los cinco sentidos. El olor a quemado, los colores diáfanos de los vivos detrás del aire abrasador que sube de la hoguera levantando remolinos de ceniza, el sabor a sudor, a polvo y a humo que se queda pegado a los labios, y luego los gritos de «¡Viva Rajiv Gandhi!» que brotan de la multitud conforman una escena renovada y eterna a la vez. A medida que las llamas ascienden, Rahul se dispone a efectuar la última parte del ritual. Armado de un palo de bambú de unos tres metros de largo, da un golpe simbólico al cráneo de su padre, para que su alma ascienda al cielo en espera de su próxima reencarnación.

Para Sonia, no existen palabras para describir lo que está viendo, la escenificación del atroz sentimiento de pérdida que la desgarría por dentro, como si una fuerza invencible le estuviera destrozando las entrañas. Nunca como en este momento ha entendido el profundo significado de esta costumbre ancestral. Recuerda que hizo una mueca de disgusto cuando, nada más llegar a la India, se enteró de la existencia del *sati*. ¡Qué horror, qué barbarie!, pensó. Antiguamente, el pueblo adoraba a las viudas que tenían el valor de tirarse a la pira funeraria del marido para emprender junto al ser amado el viaje hacia la eternidad. Las que se entregaban heroicamente a las llamas pasaban a ser consideradas como divinidades y a ser veneradas como tales durante años, algunas durante siglos. El rito del *sati*, que tiene su origen en las familias nobles de los Rajput, la casta guerrera de la India del Norte, luego se popularizó a las clases más humildes, y acabó por corromperse. Los ingleses lo prohibieron, como luego también lo hizo el primer gobierno democrático de la India, por los abusos que se cometían en su nombre. Pero en el origen, convertirse en *sati* era una prueba de amor supremo que sólo puede comprender una mujer cuando ve arder el cadáver del marido que adora. Como Sonia en este momento, que ve el fuego como una liberación, como la única manera de acabar con esa pena tan total que embarga su alma.

«Reacciona», se dice a sí misma. No hay que dejarse arrastrar por la muerte. La vida es una lucha, bien lo sabe ella. El contacto

físico con sus hijos la reconforta. Entonces, con fuerzas renovadas, brotan sentimientos encontrados: ansias de justicia, deseos de revancha por lo que han hecho a su marido, y una rebeldía profunda porque lo que ha ocurrido es inaceptable. ¿Se hubiera podido evitar?, se pregunta sin cesar. Ella lo intentaba en la medida de sus posibilidades, escrutando los rostros de todos los que se acercaban a su marido en los mítimes electorales, intentando adivinar el bullo revelador de un arma bajo una camisa, o el gesto sospechoso de un asesino potencial. Porque siempre supo que podía ocurrir algo así. Lo supo desde el día en que Rajiv cedió al ruego de su madre, Indira Gandhi, entonces primera ministra, y se metió en política. Por eso, cuando hace dos días sonó el teléfono a las once menos diez de la noche, una hora tan insólita, Sonia se dio la vuelta en la cama y se tapó los oídos como para protegerse del golpe que sabía estaba a punto de recibir. La peor noticia de su vida era en el fondo una noticia esperada. Lo era todavía más desde que Sonia se enteró de que el gobierno había retirado a Rajiv el grado de máxima seguridad que le correspondía por haber sido primer ministro. En la jerga burocrática, tenía la categoría Z, y eso le daba derecho a la protección del SPG (Special Protection Group), lo que le hubiera protegido del atentado terrorista. ¿Por qué se lo retiraron, por mucho que ella lo reclamara? ¿Por desidia? ¿O porque ese pretendido «olvido» satisfacía los designios de sus adversarios políticos?

Un ruido seco, duro, indescriptible, la devuelve a la realidad. Suena como un tiro. O una pequeña explosión. Todos los que han asistido a una cremación saben de lo que se trata. Unos bajan la cabeza, otros miran al cielo, otros están tan cautivados por el espectáculo que parecen hipnotizados y siguen mirando. El cráneo ha estallado por efecto de la presión del calor. El alma del difunto ya es libre. El ritual ha terminado. La gente lanza pétalos de flores a las llamas, mientras surge otra visión turbadora. Las manos largas y finas que igual acariciaban a sus hijos como reparaban un aparato electrónico o firmaban acuerdos internacionales quedan al descubierto, y muestran unos dedos negros que se alzan y se retuercen, en una despedida desgarradora desde el más allá. Adiós, hasta siempre.

Sonia rompe en sollozos. ¿Dónde está el consuelo? ¿En qué

Dios hay que buscarlo? ¿Qué Dios permite que un hombre bueno como Rajiv salte en mil pedazos por el fanatismo de otros hombres, que también tienen familia, que también tienen hijos, que también saben acariciar y querer? ¿Qué sentido darle a toda esta tragedia? Sus hijos, preocupados por que la mezcla de humo, ceniza e intensa emoción le provoque un nuevo ataque de asma, se colocan cada uno a su lado, mientras ella se calma y contempla, rota por dentro, cómo su sueño de vivir largos años de felicidad junto a su marido se convierte en humo. *Ciao, amore*, hasta otra vida. La India entera la recordará así, de pie e inmóvil como una piedra, estoica, ajena a los gritos de la muchedumbre que delira, mientras el fuego consume el cadáver de su esposo. Es la imagen viva del dolor contenido.

El rugido de un helicóptero del ejército ahoga los cánticos y los gritos de la multitud. La gente alza la vista hacia el cielo blanquecino de calor y polvo para recibir una lluvia de pétalos de rosa que caen desde el aparato que da vueltas sobre la pira. Mientras el cuerpo termina de arder, la familia baja los escalones de la plataforma. Con andar vacilante y rostros descompuestos, reciben unas palabras de condolencia del presidente de la República. En un desorden muy indio, las demás personalidades se agolpan. Todos quieren decirle unas palabras a Sonia: el vicepresidente norteamericano, el rey de Bután, los primeros ministros de Pakistán, de Nepal y de Bangladesh, el antiguo primer ministro Edgard Heath, los vicepresidentes de la Unión Soviética y China, la vieja amiga Benazir Bhutto, etc. Pero nadie consigue acercarse a la viuda porque de pronto estalla el caos. Y es que el cadáver no sólo pertenece a la familia, o a los dignatarios extranjeros. La multitud, que en sus primeras filas está compuesta por militantes y responsables del partido de Rajiv, siente que les pertenece también a ellos. Son sólo una ínfima parte de los cuarenta millones de afiliados del partido que bajo la denominación banal y poco llamativa de Congress Party (Partido del Congreso) representa la mayor organización política democrática del mundo. Nació a mitad del siglo XIX como una asociación de grupúsculos políticos para exigir igualdad de derechos entre indios e ingleses dentro del Imperio. El Mahatma Gandhi lo transformó en un sólido partido cuya meta era conseguir la independencia por la

vía de la no-violencia. Nehru fue su presidente, después lo fue su hija Indira, y Rajiv ha sido el último. A pesar del aire abrasador e irrespirable, ahora los militantes quieren ver de cerca los restos mortales de su líder convertidos en ceniza. Todos quieren lamer las llamas de la muerte y del recuerdo, de modo que arrancan las vallas metálicas como si fuesen briznas de paja y se abalanzan hacia la hoguera al grito de: «¡Rajiv Gandhi es inmortal!» Los Gatos Negros, los comandos de élite, se ven obligados a intervenir. Forman una barrera humana alrededor de la familia, y deciden batirse en retirada, paso a paso, entre los gritos de histeria de una muchedumbre desatada, hasta llegar a los automóviles y ponerles a salvo.

Los días siguientes, Sonia, en estado de *shock*, se refugia en sí misma. Vive ensimismada en sus recuerdos con Rajiv, rompiendo a sollozar cuando sale de la ensoñación y se encuentra frente a la terrible realidad de su ausencia. No puede dejar de pensar en su marido, no quiere parar de pensar en él, como si hacerlo fuese otra forma de darle muerte. Ni siquiera quisiera separarse de esas dos urnas que contienen las cenizas, pero es parte del ritual que la muerte vuelva a la vida.

Cuatro días después de la cremación, el 28 de mayo de 1991, Sonia, acompañada por sus hijos, sube a un compartimento especial de un tren que les lleva a Allahabad, la ciudad de los Nehru, donde todo empezó hace más de cien años. En el compartimento totalmente recubierto de tela blanca salpicada de flores de margarita y jazmín, las urnas están colocadas en una especie de estrado junto a la foto enmarcada de un Rajiv sonriente. Sonia, Priyanka y Rahul viajan sentados en el suelo. El tren se detiene en un rosario de estaciones abarrotadas de gente que viene a rendir tributo a la memoria de su líder. El desbordamiento de emoción agota a Sonia, pero por nada en el mundo dejaría de saludar a esos pobres de rostros huesudos manchados de sudor y lágrimas que a pesar de todo sonríen para ofrecerle su consuelo. Las sonrisas de los pobres de la India son un regalo inmaterial, pero que anida en el corazón. Lo decían Nehru, su suegra y su marido: la confianza del pueblo, el calor de la gente, la veneración y, ¿por qué no?, el amor que te profesan

compensa todos los sacrificios. Ése es el verdadero alimento de un político de raza, la justificación de todos sus sinsabores, lo que da sentido a su trabajo, a su vida. Durante las veinticuatro horas que el tren bautizado por la prensa con el nombre de *heart-break express* —el expreso del corazón roto— tarda en recorrer los seiscientos kilómetros de trayecto, Sonia es capaz de medir la intensidad del afecto del pueblo hacia su familia política —«la familia», como la conocen los indios, tan popular que no es necesario precisar de cuál se trata—. Una familia que ha gobernado la India durante más de cuatro décadas, pero que lleva cuatro años fuera del poder. Sonia contempla a su hijo Rahul, que se ha quedado dormido entre dos estaciones. Ojalá nunca vuelva la familia al poder. Priyanka mira con aire ausente, también está agotada. Tiene un gran parecido con Indira, el mismo porte, los mismos ojos brillantes e inteligentes. Dios nos proteja.

En Allahabad, las cenizas son depositadas en Anand Bhawan, la mansión ancestral de los Nehru, que Indira, cuando fue nombrada primera ministra, convirtió en museo abierto al público. Un patio de estilo moruno con una fuente en el centro recuerda al propietario original, un juez musulmán de la Corte Suprema que en el año 1900 vendió la mansión a Motilal Nehru, el bisabuelo de Rajiv, un abogado brillante que ganaba tanto dinero que, dice la leyenda, mandaba su ropa por barco a una tintorería de Londres. Aquel hombre corpulento, que llevaba siempre un espeso bigote y que vestía como un *gentleman*, que era extrovertido, espléndido, *bon vivant* y dicharachero, adoraba a su hijo Jawaharlal, quizás porque era el último que le quedaba, habiendo perdido dos hijos y una hija con anterioridad. Ese amor, intenso y recíproco, estuvo en el origen de la lucha por la independencia de la sexta parte de la humanidad. Motilal quiso que su hijo desarrollase todo su potencial, lo que significaba darle la mejor educación posible, aunque eso implicase separarse de él: «Nunca pensé que te quería tanto como cuando tuve que dejarte por primera vez en Inglaterra, en el colegio interno», le escribió, porque no conseguía reponerse de la angustia de haberle dejado solo, tan lejos, a los trece años de edad. Lo que ganaba Motilal en un año hubiera bastado para ponerle un negocio y solucionarle la vida para siempre. Pero para el padre eso era una postura

fácil y egoísta: «Pienso sin atisbo de vanidad alguna que soy el fundador de la fortuna de los Nehru. Te veo a ti, hijo mío querido, como el hombre que será capaz de construir sobre esos cimientos que he creado y espero tener la satisfacción de ver surgir un día una noble empresa que se alzará hacia el cielo...» La noble empresa acabó siendo la lucha por la independencia del país, en la que padre e hijo se involucraron con toda la fuerza de sus convicciones.

La vida de los Nehru cambió cuando Jawaharlal presentó a su padre a un abogado que acababa de regresar de Sudáfrica y que estaba organizando la resistencia contra el poder colonial de los ingleses. Era un hombre singular, vestido con unos *dhoti*, calzones de algodón crudo tejido a mano. Tenía brazos y piernas desproporcionadamente largos que le hacían parecerse a un ave zancuda. Sus ojillos negros se cerraban cuando, detrás de sus gafas de montura metálica, esgrimía su típica sonrisa, entre maliciosa y bondadosa. Venerado como un santo por sus discípulos, era sin embargo un político hábil que poseía el arte de los gestos sencillos capaces de comunicar con el alma de la India. El joven Nehru le consideraba un genio.

Así entró el Mahatma Gandhi en contacto con aquella familia, y la transformó para siempre. El extravagante Motilal abandonó la sofisticación por la sencillez, cambió sus trajes de franela de Sville Row y los sombreros de copa por un *dhoti*, como Gandhi. Ofreció su casa y su fortuna a la causa de la independencia. El enorme salón fue transformado por Motilal en sala de reunión del Partido del Congreso. El hogar de los Nehru se convirtió poco a poco en el hogar de la India entera. Siempre había multitud de simpatizantes en la verja deseando ver al padre y al hijo, deseando tener su *darshan*, la antigua tradición de origen religioso que consiste en buscar el contacto visual con una persona altamente venerada para así recibir su bendición, a falta de poder tocarle los pies o las manos. Hacia el final de su vida, Motilal, aquejado de fibrosis y de cáncer, compartió celda en la cárcel de Nainital con su hijo, que le cuidaba como podía. El patriarca murió sin llegar a ver la independencia, sin saber que su hijo, que el mundo conocería como Nehru, sería elegido primer mandatario de la nueva nación. Murió en esta casa de Anand Bhawan, un día de febrero de 1931, acom-

pañado por su mujer, su hijo sosteniéndole la cabeza en su regazo.

Las habitaciones, pintadas de azul celeste y crema, conservan los mismos muebles, los mismos libros, las mismas fotos y recuerdos de los que vivieron en ellas. La del Mahatma Gandhi tiene una colchoneta en el suelo, una cómoda y una rueca que utilizaba para hilar algodón y que convirtió en símbolo de resistencia contra los ingleses. La habitación de Nehru tiene una cama sencilla de madera, una alfombra, muchos libros y una estatuilla de los tres monos que simbolizan los mandamientos budistas: no veas el mal, no escuches el mal, no digas el mal.

Sonia recuerda la primera vez que visitó este lugar. Fue su suegra Indira quien se lo mostró. En aquella ocasión, no reparó en la tremenda carga simbólica que tiene esta casa en la historia de la India. Simplemente, visitaba el hogar de los antepasados de su familia política, la casa donde habían nacido y se habían casado Nehru primero y luego su hija Indira. No había sido capaz de calibrar en su justa medida todo el significado que los muros de esta mansión encerraban, a pesar de que Indira le enseñó el cuarto de reunión secreto, en un sótano, que Nehru y sus compañeros del incipiente Partido del Congreso utilizaban cuando se escondían para escapar a las redadas de la policía británica. Ahora que vuelve con las cenizas de su marido, lo ve todo con otros ojos. Esta mansión victoriana no es el simple escenario de una vida familiar intensa; sus muros cuentan las intrigas, los sueños, las esperanzas y los reveses de la lucha por la independencia. Sus muros *son* la India moderna. La urna con las cenizas de Rajiv, el último objeto que hoy viene a añadirse a los demás, es como un punto al final de una larga frase que empezó a escribir Motilal Nehru en el siglo XIX cuando fundó aquí la sección local de una organización política llamada Partido del Congreso. El círculo se cierra.

A mediodía Sonia y sus hijos, acompañados de un pequeño cortejo, abandonan la casa familiar para dirigirse a las afueras, al Sangam, uno de los lugares más sagrados del hinduismo donde las aguas marrones del Yamuna se unen a las claras del Ganges, en la confluencia de otro río imaginario, el Sarásватi. Llegan a una enorme explanada de arena que va a dar a la orilla, dominada por un

antiguo fuerte musulmán cuyos muros están cubiertos de hiedra y que contiene en su interior un ficus bengalí centenario que, según la leyenda, es capaz de liberar del ciclo de reencarnaciones a todo el que salta desde sus ramas. En esta explanada se celebra sucesivamente cada tres años la Kumbha Mela, una festividad a la que acuden millones de peregrinos de toda la India para lavar sus pecados, convirtiéndola en la concentración religiosa más multitudinaria del mundo. Hoy hay mucha gente también, pero el lugar es tan inmenso que parece desierto. En una plataforma sobre el río, un sacerdote amigo de la familia, el pandit Chuni Lal, realiza una ofrenda y entona unas oraciones sobre el ruido de fondo del tintineo de miles de campanillas y el eco de las caracolas, antes de entregar la urna de cobre a Rahul. El chico la toma en sus manos, se acerca a la orilla y la vierte despacio, esparciéndose las cenizas en las aguas tranquilas que reflejan los rayos dorados del sol, las mismas aguas que acogieron las cenizas de Motilal, las del Mahatma Gandhi y también las de Nehru. A cierta distancia, Sonia y Priyanka observan la escena, los rasgos crispados, y luego se acercan a Rahul y, en cuclillas, acarician el agua con las manos. Los testigos de la escena, entre los que se encuentra el secretario de su marido, se llevarán en el recuerdo la imagen de los tres juntos al borde del agua, Rahul sollozando sobre su madre, Priyanka apoyando su cabeza en el hombro de Sonia y ella, inconsolable, con los ojos bañados en lágrimas que forman otro afluente que se une al Ganges, el gran río de la vida.